

30º D.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 22,34-40.

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que había hecho callar a los saduceos, se acercaron a Jesús y uno de ellos le preguntó para ponerlo a prueba:

-Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?

Él le dijo:

- «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser.» Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él:

- «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»

Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los Profetas.

EL ÚNICO ROSTRO DE DIOS

El Evangelio de hoy nos recuerda que **«toda la Ley divina se resume en el amor a Dios y al prójimo»**. El evangelista Mateo relata que algunos fariseos se pusieron de acuerdo para poner a prueba a Jesús. Uno de ellos, un doctor de la ley, le hizo esta pregunta: **«Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?»**.

Jesús, citando el libro del **«Deuteronomio»**, le dijo: **«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este mandamiento es el principal y primero»**. Y hubiese podido detenerse aquí. En cambio, Jesús añadió algo que no le había preguntado el doctor de la ley. Le dijo: **«El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo»**. Tampoco este segundo mandamiento Jesús se lo inventa, sino que lo toma del libro del **«Levítico»**.

Su novedad consiste precisamente en **«poner juntos»** estos dos mandamientos, el amor a Dios y el amor al prójimo, revelando que ellos son **«inseparables y complementarios»**, son las dos caras de una misma medalla. **«No se puede amar a Dios sin amar al prójimo y no se puede amar al prójimo sin amar a Dios»**. Y es que **«el signo visible»** que el cristiano puede mostrar para testimoniar al mundo y a los demás, a su familia, el amor de Dios es **«el amor a los hermanos»**.

Para Jesús, el amor a Dios y a los hermanos es el mandamiento principal y primero porque **«es el corazón»** desde el cual todo debe partir y al cual todo debe regresar y hacer referencia. A la luz de esta palabra de Jesús, **«el amor es la medida de la fe»** y **«la fe es el alma del amor»**. Ya no podemos separar la vida religiosa, la vida de piedad, del servicio a los hermanos, a aquellos hermanos concretos que encontramos.

No podemos, pues, separar la oración, el encuentro con Dios en los Sacramentos, de la escucha del otro, de la proximidad a su vida, especialmente a sus heridas. Recordemos esto: el amor es la medida de la fe. **«¿Cuánto amas tú?»** Que cada uno se responda. **«¿Cómo es tu fe?»** Mi fe es como yo amo. La fe es el alma del amor.

San Agustín lo entendió muy bien cuando dijo: **«Ama y haz lo que quieras»**. También San Pablo lo había dicho antes con la misma claridad: **«Quien ama ha cumplido el resto de la Ley»**. Y es que la persona **«sólo puede llegar a su plenitud»** a través del amor. El amor consiste en desarrollar la capacidad que tenemos de salir de nosotros mismos, de nuestros egoísmos, para ir hacia los demás y poder **«enriquecerles como personas»**.

Superar el egoísmo no significa renuncia alguna sino **«acopio de humanidad»**. Si necesitamos motivos para amar es que no hemos descubierto el amor. Tengo que **«descubrir que soy yo el que me enriquezco al amar»**. Es el egoísmo correcto, **«buscar mi mayor bien y descubrirlo en servir y olvidarme de que busco mi bien»**. Es decir, realizarse en el amor, no en el odio, no en el triunfo sobre alguien.



Cuando se vive desde el amor la persona que ama lo hace con una **«actitud»** que nada tiene que ver con quien sea la persona amada. Lo que llega a los demás son solo las **«manifestaciones»** de su amor. El amor tiene que existir **«antes»** de manifestarse.

Si descubrimos esto hemos descubierto **«el secreto de todo»**, el secreto de Dios y del mundo. Es el amor el que **«mueve todo para bien»**. Aceptar ese Dios, aceptar a Jesús, aceptar su manera de vivir, eso es vivir en el Reino de Dios.

En medio de preceptos y prescripciones, de legalismos de ayer y de hoy, Jesús abre una brecha que permite distinguir **«dos rostros»**: el rostro del Padre y el del hermano. En realidad, **«un único rostro»**, el rostro de Dios, que se refleja en los rostros de **«cada uno de nuestros hermanos»**, especialmente en los más pequeños, frágiles, indefensos y necesitados. Quizás debiéramos preguntarnos, cuando encontramos a uno de estos hermanos, si somos capaces de reconocer en él el rostro de Dios: **«¿somos capaces de hacer esto?»**

Jesús nos ofrece a cada uno de nosotros el **«criterio fundamental»** sobre el cual edificar la propia vida, la ley del amor. Pero además Él nos donó el **«Espíritu Santo»**, que nos permite amar a Dios y al prójimo **«como Él»**, **«con un corazón libre y generoso»**. Abrámonos, pues, para acoger este don del amor y poder caminar siempre en esta ley de los dos rostros, que son un solo rostro, **«la ley del amor»** ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
25 de octubre de 2020